

La espiritualidad de una ecología integral

Spirituality of an Integral Ecology

[Artículo de investigación]¹

Nelson Mafla Terán²

Pontificia Universidad Javeriana
nelson.mafla@javeriana.edu.co
<https://orcid.org/0000-0002-5747-4464>

Edith González-Bernal³

Pontificia Universidad Javeriana
edithgonz@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0002-5143-1068>

José S. Torres-Muñoz⁴

Pontificia Universidad Javeriana
j.torresm@javeriana.edu.co
<https://orcid.org/0000-0003-4645-7180>

Recepción: 6 de noviembre de 2024
Aprobación: 30 de noviembre de 2024

Citar como:

Mafla Terán, N., González Bernal, E., & Torres-Muñoz, J. S. (2024). La espiritualidad de una ecología integral. *Revista Albertus Magnus*, 15(2), 7-23.
<https://doi.org/10.15332/25005413.10521>



Resumen

La espiritualidad en clave ecológica plantea la urgencia de dar una respuesta desde la dimensión espiritual humana a los desafíos que lanza continuamente la crisis ambiental del mundo actual. Por ello, se contrapone una ecología integral, de raíz netamente

¹ El artículo hace parte del proyecto de investigación (ID SIAP: 00010318_SIAP_1_00000000010873) "La construcción interdisciplinaria e intercultural de la teología: retos actuales para su enseñanza y aprendizaje en el ámbito educativo católico" de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.

² Pontificia Universidad Javeriana. Correo: nelson.mafla@javeriana.edu.co ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-5747-4464>

³ Pontificia Universidad Javeriana; Universidad Santo Tomas. Correo: edithgonz@gmail.com ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-5143-1068>

⁴ Pontificia Universidad Javeriana. Correo: j.torresm@javeriana.edu.co ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-4645-7180>

humanista, espiritual y cultural a una ecología del desastre, de raíz netamente tecnológica y de geoingeniería. A diferencia de una ecología del desastre centrada en reacciones a corto plazo que dan primacía a soluciones técnicas de geoingeniería, la ecología integral se centra en los desafíos actuales de la relación del ser humano con la naturaleza al explorar su raíz espiritual, al cuestionar el estilo de vida consumista y al identificar las responsabilidades políticas e ideológicas subyacentes. Para ello retoma las enseñanzas del papa Francisco en su magisterio sobre este problema y lo relaciona con las voces de otros pensadores, teólogos y humanistas. Mediante esta reflexión se evidencia que, aunque las soluciones técnicas son necesarias ante ciertas urgencias, conviene un cambio espiritual en la actitud del ser humano ante la naturaleza. La ecología del desastre se basa en el tecnoptimismo, que busca reducir la contaminación y favorecer la industrialización alimentaria sin cuestionar los hábitos del primer mundo. La ecología integral, por el contrario, busca establecer las prioridades sociales que hacen posible vivir en un mundo menos contaminado, menos ruidoso y más amigable con las personas, sus valores espirituales y su relación con el medio ambiente. Allí se inserta la espiritualidad ecológica del buen vivir, que busca reconstruir la relación creatural del ser humano con el agua, la tierra, el aire y todos los seres vivos.

Palabras clave: ecología integral, ecología del desastre, espiritualidad, buen vivir, conversión.

Abstract

Spirituality in an ecological key raises the urgency of giving a response from the human spiritual dimension to the challenges that the environmental crisis of today's world continually throws up. To this end, it contrasts an integral ecology, of purely humanistic, spiritual and cultural roots, with an ecology of disaster, of purely technological and geoengineering roots. In contrast to an ecology of disaster focused on short-term reactions that give primacy to technical geoengineering solutions, integral ecology focuses on the current challenges of the relationship between human beings and nature by exploring its spiritual roots, questioning the consumerist lifestyle and identifying the underlying political and ideological responsibilities. To do so, it takes up the teachings of Pope Francis in his magisterium on this problem and relates it to the voices of other thinkers, theologians and humanists. Through this reflection it becomes evident that, although technical solutions are necessary in the face of certain emergencies, a spiritual change in the attitude of human beings towards nature is needed. The ecology of disaster is based on techno-optimism that seeks to reduce pollution and promote food industrialization without questioning the habits of the first world. Integral ecology, on the contrary, seeks to establish the social priorities that make it possible to live in a less polluted, less noisy and more friendly world with people, their spiritual values and their relationship with the environment. This is where the ecological spirituality of good living is inserted, which seeks to reconstruct the creatural relationship of human beings with the earth, air, water and all living beings.

Keywords: integral ecology, disaster ecology, spirituality, good living, conversión.

Introducción

La humanidad afronta en el momento presente unos gigantescos desafíos a nivel planetario que apenas si eran perceptibles hace medio siglo, al inicio de la era espacial. Uno de los más grandes desafíos lo constituye la progresiva y acelerada degradación de los ecosistemas, manifestado en particular por el cambio climático, la contaminación ambiental y la destrucción de los ecosistemas. Este desafío ha recibido respuestas variadas, a todos los niveles y de las más diversas índoles; sin embargo, prevalecen las soluciones técnicas, tecnológicas y económicas que, aunque efectivas, se concentran unilateralmente en la ecología del desastre sin una visión integral de sus efectos colaterales y de todos los estamentos y personas implicadas. Además, estas soluciones no están al alcance de todas las culturas ni comprometen directamente a la mayoría de las personas.

La ecología enfocada en los desastres enfatiza la respuesta reactiva a problemas que tienen su raíz en las revoluciones industriales del siglo XX, la globalización del consumismo y la destrucción de las formas tradicionales de vida rural. La respuesta reactiva de la ecología del desastre se concentra en la mitigación de los efectos de la crisis climática en el corto plazo, la geoingeniería y las campañas de reciclaje. Sin embargo, poco se atiende a la responsabilidad política de los países industrializados, la falta de conocimiento del público general y la poca incidencia en los estilos de vida.

Un claro ejemplo de una ecología del desastre lo provee el libro de Bill Gates (2021) *Cómo evitar el desastre climático*” y la serie televisiva “¿Y ahora qué? El futuro según Bill Gates, que lo respalda. En estas publicaciones, prevalecen las soluciones tecnológicas por encima de las responsabilidades políticas, las implicaciones sociales y la perspectiva humanista. El aporte de la diversidad cultural y la participación democrática es irrelevante, sumado a la inexistencia de la religión y la espiritualidad como parte de la solución. Para este enfoque de soluciones técnicas todo depende de la innovación tecnológica y del acceso a fondos privados de inversión, pero sin tener en cuenta la riqueza de las culturas y la perspectiva de las religiones —grandes y pequeñas— sobre el cuidado de la naturaleza.

Frente a estas propuestas de las ecologías del desastre, aflora una ecología integral que considera decisivos los factores culturales, éticos y espirituales como parte de las alternativas de solución a mediano y largo plazo. El magisterio de Francisco (2015) recoge las inquietudes a este respecto y propone considerar “las raíces éticas y espirituales de los problemas ambientales, que nos invitan a encontrar soluciones no sólo en la técnica sino en un cambio del ser humano, porque de otro modo afrontaríamos sólo los síntomas” (n.º 9).

Las raíces espirituales

La contraposición entre ecologías del desastre y ecología integral no es antagónica, sino que busca evidenciar que el primer concepto tiene un carácter puramente inmediato, técnico y ajeno a las raíces espirituales en cada cultura humana, mientras la ecología integral propicia una actitud reflexiva que valore las potencialidades culturales y espirituales de cada pueblo

en la tarea común del cuidado de la casa común. De ahí la necesidad de acotar el concepto desde un *campo de sentido básico* como recurso de indagación con la idea de analizar el espíritu que estaría en la base de una ecología del desastre como la que tenemos en este momento y el espíritu que estaría en la base de una ecología integral como la que propone el papa Francisco.

Aquí es preciso empezar por la etimología del concepto, lo cual permite poner el problema en perspectiva. Respecto de la etimología de un concepto, Jorge Luis Borges, en el poema “El golem”, señala que las palabras contienen la esencia de las cosas que nombran, en la palabra encierra la totalidad de lo que representa: “Si (como afirma el griego en *El Cratilo*) el nombre es arquetipo de la cosa, en las letras de ‘rosa’ está la rosa y todo el Nilo en la palabra ‘Nilo’” (Borges, 2004).

Si se aplica esta premisa a la palabra “espiritualidad” podríamos decir que en ella está contenida toda la esencia, hondura, potencia y extensión de lo que nombra. El concepto en sí mismo consta de tres componentes lexicográficos, a saber: 1) el prefijo *espirit*, derivado del latín *spiritus*, cuyo significado lato es “espíritu”; 2) El sufijo *ual*, usado comúnmente para adjetivar sustantivos como “espíritu”, de donde resulta el adjetivo “espiritual”; y 3) el sufijo *idad (dad)*, el cual hace referencia a cualidad, modo de ser y se usa en lingüística para crear sustantivos abstractos, como lo es “espiritualidad”. Este sentido etimológico lo aportan los diccionarios de etimología y los de espiritualidad (De Fiores y Goffi, 1983).

La arquitectura del concepto, como se expone aquí, apalanca la idea de que la espiritualidad tiene su fundamento en el espíritu, es referible a espíritu. “Así como humanidad se refiere a hombre indicando el modo de ser humano, así como animalidad está referido a animal indicando el modo como el ser animal es animal, de igual manera, espiritualidad se refiere a espíritu indicando un modo de ser del espíritu” (Baena, 2024).

Aquí el “espíritu” se aborda en sentido bíblico. “En hebreo, la palabra espíritu, ruah, significa viento, aliento, hálito” (Casaldáliga y Vigil, 1993, p. 12). Se trata de una existencia dinámica y operativa en la estructura básica de la realidad humana y natural. En palabras de Casaldáliga y Vigil (1993):

espíritu no se opone a materia, ni a cuerpo, sino a maldad (destrucción); se opone a carne, a muerte (la fragilidad de lo que está destinado a la muerte); y se opone a la ley (la imposición, el miedo, el castigo). En este contexto semántico, espíritu significa vida, construcción, fuerza, acción, libertad. El espíritu no es algo que está fuera de la materia, fuera del cuerpo o fuera de la realidad real, sino algo que está dentro, que inhabita la materia, el cuerpo, la realidad, y les da vida, los hace ser lo que son; los llena de fuerza, los mueve, los impulsa; los lanza al crecimiento y a la creatividad en un ímpetu de libertad. (p. 12)

El término *pneumatikos*, usado en el Nuevo Testamento, pasó al latín como *spiritualis* con toda su potencia experiencial y conceptual bíblica, el cual, posteriormente, lo asumió la escuela francesa de espiritualidad como *espiritualité*, refiriéndose así a las realidades

decisivas del espíritu humano (Dinzelbacher, 2000). Lo propio hizo, hacia 1945, la escuela alemana asumiéndolo como *Spiritualität*.

¿Qué es esa existencia operativa del espíritu humano? Existe un elemento teologal decisivo del espíritu humano, a saber: “solo Dios es espíritu y el ser humano lo es por participación divina” (Baena, 2024). De esta existencia básica y constitutiva deriva toda experiencia de Dios, toda dinámica de religación con lo divino y la cualidad deiforme de la realidad, incluido el ser humano. En palabras de Zubiri (2005):

La forma de ser humanamente Dios es serlo deiformemente. El hombre es una proyección formal de la propia realidad divina; es una manera finita de ser Dios. El momento de finitud de esta deiformidad es lo que, a mi modo de ver, constituye eso que llamamos “naturaleza humana”. Dios es trascendente “en” la persona humana, siendo ésta deiformemente Dios. Trascendencia de Dios “en” la persona humana es, pues, repito, deiformidad. (pp. 515-516)

La experiencia deiforme de la realidad está en sintonía con la experiencia que el propio Jesús tenía de lo divino. “¿No crees que Yo estoy en el Padre y el Padre en Mí? Las palabras que Yo les digo, no las hablo por Mí propia cuenta, sino que el Padre que mora en Mí es el que hace las obras” (Jn. 14, 10). En otros términos, el mismo Juan lo expone así: “En el principio estaba el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Todo por medio de Él se hizo; nada de lo que existe quedó fuera de su control (Jn. 1, 1-3).

Dicho esto, diríamos que la dinámica de la espiritualidad de Dios es un proceder hacia fuera: Dios como existencia espiritual sale de sí mismo para suceder en lo otro. Es el modo de proceder de Dios como espíritu, es su espiritualidad. En palabras de Rahner (2012), esto es “la comunicación de Dios como existencial sobrenatural” (p. 159) en la realidad. Cabe indicar que, en el ser humano, este proceder de Dios como espíritu no depende de la fe o del ateísmo del individuo, sucede *a priori*, de manera inherente, independiente, incluso, independiente de cualquier conocimiento o noción que el humano tenga de Dios.

Ahora bien, ¿cómo acontece la espiritualidad humana? No puede ser diferente de la dinámica espiritual divina, en la cual el ser humano está inmerso por participación, como se dijo antes. Ya la tradición mística en la vertiente de Meister Eckhart había reflexionado sobre el inescindible entrelazamiento entre el desasimiento de los apegos, el reconocimiento de la propia condición humana (Torres, González y Mafla, 2019). El ser humano, por tanto, en la configuración divina que lo habita, es espíritu, y, en consecuencia, su proceder al igual que el de Dios, también es un proceder en salida hacia afuera, hacia el otro. Este es el modo de accionar humano, es su espiritualidad (su modo de ser espíritu), en tanto es capaz de salir de sí mismo y trascender en el otro, es el capital propio que lo catapulta a trascenderse a sí mismo en una realidad que no es él mismo. Como diría Baena: “El ser humano como una estructura espiritual está hecho como tal para salir de sí mismo en función del otro. Esto significa que, si nosotros tenemos esta estructura interior, siempre estaríamos siendo y procediendo como espíritu” (Baena, 2024).

El problema dialéctico de esta estructura existencial es que está atravesada por el egoísmo, la codicia, los odios, la ignorancia, la pereza, la ira, la lujuria, la avaricia, la soberbia, la gula y la envidia. Así como está habitado por la realidad de Dios por partición, también está habitado por la realidad vital natural. Hoy, por la investigación en biología, se sabe que la configuración genética de los organismos vivos está atravesada por las leyes de la evolución definidas por la lucha por estar vivos, la necesidad de replicarnos y la necesidad del otro como condición de la existencia. El ser humano es una contradicción en su estructura básica, en su configuración fundamental. Como diría San Pablo refiriéndose a la ley y el pecado: “Sabemos, en efecto, que la ley es espiritual, más yo soy de carne, vendido al poder del pecado. Realmente, mi proceder no lo comprendo; pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco. Y, si hago lo que no quiero, estoy de acuerdo con la Ley en que es buena; en realidad, ya no soy yo quien obra, sino el pecado que habita en mí” (Rom. 7, 14-17).

Nuestro comportamiento está permeado por la pulsión biológica, por nuestra condición humana (*sarx*). Esta condición nos pone en permanente tensión entre hacer lo que se aborrece y dejar de hacer lo que se quiere. Por lo tanto, nuestra humanidad, es decir, nuestro modo de proceder como humanos está animado por la potente energía de nuestra codicia, nuestro egoísmo, nuestra tendencia a plegarnos sobre nosotros mismos. Mientras el espíritu de Dios nos vuelca hacia fuera, hacia el otro, la codicia, la carne como diría Pablo, nos inclina hacia dentro, nos dobla sobre nosotros mismos.

Si las cosas son así, si funcionamos con esta doble tendencia, si funcionamos entre dos polos: por una parte, movidos por el espíritu divino y, por otra parte, movidos por nuestra condición mundana, entonces ¿cuál es el espíritu de una ecología del desastre que ha llevado al planeta y sus habitantes hasta el punto de no retorno en términos de destrucción? ¿Y cuál es espíritu de una ecología integral como la que defiende el papa Francisco?

El espíritu de una ecología del desastre

La ecología del desastre afronta la capacidad de la humanidad de afectar su entorno natural a una escala global que solo ha sido posible en los últimos dos siglos gracias a las sucesivas revoluciones industriales. Esta ecología se enfoca en la respuesta inmediata a los desastres medioambientales producidos directa o indirectamente por la actividad humana, pero sin cuestionar los fundamentos tecnológicos, económicos, ideológicos o culturales que subyacen a las causas del desastre.

En su vertiente política, la ecología del desastre se concentra en la capacidad de los gobiernos locales o regionales para anticipar, mitigar y recuperarse de dichos eventos (Bravo, 2018). En su vertiente social, se enfoca en el impacto en la organización política, en la dinámica social y en las secuelas a nivel individual y familiar sobre un conjunto organizado de personas en un territorio bien identificado (Da Cruz et al., 2003). En su vertiente tecnocientífica, la ecología del desastre se concentra en las soluciones inmediatas a gran escala como las energías renovables, la geingeniería o la ingeniería genética, como se puede ver en las

publicaciones de Bill Gates y de su fundación (2021; 2022). En cualquiera de estos casos, no se cuestionan las raíces culturales, económicas o ideológicas de un desastre, sino sus consecuencias inmediatas y las soluciones gubernamentales y tecnológicas sin que, además, se valore la capacidad de una comunidad o un grupo humano de afrontarlas o de ir a sus raíces en el ámbito ideológico, espiritual o cultural.

Sin embargo, el denominador común de los grandes desastres ecológicos se puede encontrar en la actividad humana descontrolada, producto del desarrollo de culturas de masa enfocadas al consumo en todas las áreas de la realidad humana y a todos los niveles sociales. Allí podemos encontrar la contaminación del océano con mercurio y plásticos, la contaminación del aire en todas las ciudades del planeta, la contaminación de todos los alimentos con microplásticos y el calentamiento global (ONU, 2023). Ahora tenemos la contaminación del espacio entre el planeta Tierra y la Luna, que tiene millones de toneladas de residuos producidos por la carrera espacial iniciada a mediados del siglo XX y que ahora se ha intensificado. Las revoluciones industriales y sus correspondientes ecologías del desastre marcan la pauta en el nuevo milenio.

En la ecología del desastre, por tanto, se evidencia el impacto creciente de la actividad humana a medida que se incrementa la influencia de la industrialización de todos los aspectos de la vida humana, La naturaleza de los escenarios socioculturales cambia permanentemente movidos por el advenimiento de nuevas tecnologías y nuevos avances tecnocientíficos especialmente los relacionados con la producción de energía para llevar a cabo el sinnúmero de actividades (producción y desarrollo) respecto de la movilización, la alimentación, la salud, la educación y la política. Es un hecho corroborable que los cambios significativos sucedidos en la historia de la humanidad por cuenta de la producción de energía necesaria para vivir. La humanidad ha sido testigo de por lo menos cuatro saltos cualitativos respecto de este fin, a saber:

1) La primera revolución industrial. Antes de este salto cualitativo, la energía se obtenía de la mano de obra humana, del trabajo de los animales, de elementos naturales como el agua y el viento. Con el advenimiento de la primera revolución industrial, el gran salto tecnológico fue haber aprendido a extraer la energía de los combustibles fósiles (carbón), lo que dio paso a la máquina de vapor, la siderurgia, el trasporte en máquinas (ferrocarriles).

2) Segunda revolución industrial (finales del siglo XIX y principios del siglo XX). La humanidad accede a la electricidad y al uso del petróleo como la principal fuente de energía. Con ello se da paso a la química industrial (plástico, fertilizantes y explosivos).

3) Tercera revolución industrial (siglo XX), también conocida como la revolución digital, apalancada por el desarrollo de la informática y las tecnologías de la información y la comunicación. Su objetivo fue integrarse a todos los ámbitos de la vida cotidiana de las personas. En términos de energía, los científicos advierten del peligro que conlleva la generación de CO₂ respecto del efecto invernadero que produce y se empieza a aportar por

la obtención de energías “limpias” (energía solar, energía eólica, hidroeléctrica y biomasa y entra en escena el litio como medio para almacenar energía).

4) Cuarta revolución industrial (siglo XXI), se cualifican las energías renovables, el desarrollo tecnocientífico llega al punto de que todo artefacto sea más eficiente con la menor cantidad de energía, pero también se incrementa el impacto de la basura a nivel global por la radicalización de la obsolescencia programada. Es un momento en el que estamos inmersos ahora mismo, vivimos el momento de mayor desarrollo tecnocientífico: internet global, inteligencia artificial, robótica, nanotecnología, física cuántica y demás milagros de la ciencia y la tecnología que hoy involucran la vida de millones de seres humanos con la promesa de mejorarlos.

Lo paradójico de todo es que en estos aparentes logros del desarrollo industrial hay un patrón que no cambia, siempre es el mismo, ha estado presente en el trayecto de la historia humana: la promesa de un progreso ilimitado que haría posible la producción ilimitada, la libertad sin límites y la felicidad absoluta (Fromm, 2018). Sin embargo, la pobreza no se redujo ni se superó, a mayor avance tecnocientífico se agigantó la brecha entre clases, naciones y pueblos. El mundo se dividió en tres, las desigualdades de todo tipo, la discriminación, el atropello irracional a la naturaleza evidente en la contaminación del aire, el agua, el suelo. Las culturas, los pueblos y las personas fueron despojadas de su riqueza espiritual, religiosas y cultural. El empobrecimiento espiritual se convirtió en una etiqueta imprescindible para ser admitido en el exclusivo club del consumo ilimitado, empobrecimiento que según el budismo es el más miserable y peligroso en tanto está emparentado con la ignorancia, que es la fuente de gran parte del sufrimiento humano. Los budistas dirán que “los campos tienen el defecto de la cizaña; esta humanidad, el defecto de la ignorancia” (Nandisena, 2012, p. 55). Solo basta ver los informes de la pobreza globales, las cifras que rayan en lo apocalíptico. La práctica de la exclusión se agiganta, la violencia cada vez es más omnipresente, se arrasan sin reparo ríos, bosques, se contamina el agua, el aire, el mar. Cada revolución industrial ha estado impregnada de racismo absurdo, elitismo obsceno, machismo retrógrado y deficiencia ética y moral.

Los motivos, las emociones, la ideología que están en la base del supuesto desarrollo tecnocientífico no cambian, permanecen siglo tras siglo. Tal vez con cada paso en la tecnificación del mundo cambia la sofisticación con la que se avasalla al otro y al planeta. Las acciones nos hacen aparecer arrogantes, egoístas y codiciosos tecnificados. Los odios, la ignorancia, la pereza, la ira, la lujuria, la avaricia, la soberbia, la gula y la envidia tienen carta de ciudadanía en la configuración de la geopolítica y la geoestrategia supeditadas al mercado. El orgullo, el honor interpretado a la medida de la soberbia y el miedo como medio de persuasión al más débil, es la herramienta por antonomasia de la diplomacia moderna. Nuestra sociedad sigue estando motivada “por la nueva trinidad de la producción económica irrestricta, la libertad individual absoluta y la felicidad personal ilimitada; credo que llena a sus adeptos de energía y vitalidad, pero que no les transmite ni sentido de la vida ni felicidad duradera” (Nandisena, 2012, p. 55).

En definitiva, las pasiones, la codicia, la ignorancia y el odio han estado y siguen estando en la base de un cientifismo delirante, que a su vez está en la base de una ecología del desastre. No siempre ha imperado la racionalidad en el accionar humano de cara a la configuración ecológica de nuestro planeta. La gestión de la casa común es absolutamente irracional. El patrón en la gestión del planeta han sido la ambición, la necesidad de protagonismo, el autoengaño y los prejuicios.

Al analizar la gestión ecológica del planeta durante el último siglo se evidencia que los vicios inherentes a la condición humana, de los cuales parece que somos incapaces de sustraernos, han servido como fundamento para el desarrollo que tanto se autopromociona. Como decíamos antes, el planeta no ha estado gestionado por el concurso intencionado de la filantropía, la compasión, la misericordia. El motor básico del presumido desarrollo humano ha sido el egoísmo, la codicia y los famosos pecados capitales señalados por el catolicismo en cabeza de San Gregorio Magno (pereza, ira, lujuria, avaricia, soberbia, gula, envidia). Son considerados capitales porque son la raíz de otros vicios, igual de corrosivos y generadores de sufrimiento humano si se tiene en cuenta que son la base de vicios como el orgullo, la arrogancia, la vanidad, el desdén por los demás, la procrastinación, los resentimientos, los excesos y la agresividad, los cuales, a su vez, son el motor del desprecio por el otro y la falta de humanidad.

La tesis de los pecados capitales fue abordada y desarrollada por Santo Tomás de Aquino en la Edad Media (Suma Teológica I-II, 651-656). Desde entonces se habla de ellos como pecado, pero no como elementos reales presentes en la configuración de la geopolítica y la geoestrategia del orden político mundial. No es el espacio para entrar a desarrollar la relación de estos vicios con la gestión del planeta, es decir, su relación con lo que aquí se ha denominado gestación de una ecología del desastre. Solo por mostrar el modo como opera este tipo de dinámica humana abordaremos el tema de la pereza. Solo a manera de ejemplo.

La pereza, aquí se entiende como manifestación de la apatía, la negligencia, la indolencia y la flojera en la gestación de una ecología del desastre donde la falta de acción y compromiso ha repercutido directamente en el deterioro de nuestro entorno, la calidad de vida, no solo la vida humana, sino también la vida en todas sus manifestaciones. Es un vicio que se ve reflejado en la falta de voluntad para investigar y adaptarse a nuevas tecnologías y prácticas sostenibles en pro de una ecología sostenible.

Por pereza, gobernantes, empresarios, comerciantes y población en general no tienen ningún reparo en adoptar y adaptar tecnologías venidas de otras latitudes sin la debida evaluación crítica de su impacto en la naturaleza y en la vida y salud del consumidor final. Este podría ser el caso de los PFAS (perfluoroalquilos y polifluoroalquilos). Se trata de un grupo de sustancias químicas artificiales creadas hace por lo menos ochenta años, las cuales se vienen utilizando en diversos procedimientos industriales asociados a la textilera, utensilios de cocina, empaquetamiento de alimentos, válvulas cardiacas artificiales.

Son apetecidas por sus características no inflamables, por su alta resistencia al desgaste, impermeabilidad y, sobre todo, por la facilidad para su fabricación y por su alto nivel de estabilidad. Pero son altamente tóxicas, pueden afectar la fertilidad en animales y humanos, la genética de los fetos, contaminan el agua y los terrenos. Son productos cancerígenos. Sin embargo, se las sigue utilizando y hay un alto grado de resistencia por parte de la industria a reemplazarlas por otros productos menos agresivos y más amables con las personas y el medio ambiente (Deutsche Welle, 2024). Si se hiciera un paneo de las prácticas de la industria con respecto a este asunto de las PFAS veríamos que el mercado está plagado de esta práctica respecto de productos peligrosos. Por años se sabía que el asbesto era altamente peligroso para la salud de las personas y, sin embargo, la resistencia a sacarlo del mercado duró años. El tema es que se podía reemplazar, pero la apatía, la negligencia, la indolencia y la flojera impedían adoptar otros materiales y otro tipo de prácticas.

Saliendo de la pereza en el ámbito industrial, abordemos la pereza en el ámbito intelectual. Aquí ha contribuido a la escasa gestión de las tecnologías regionales capaces de alinearse con las necesidades del contexto y las características de los ecosistemas específicos y los principios de sostenibilidad ambiental. Aquí la pereza ha tenido un impacto enorme en la gestión eficiente de los recursos naturales y la incapacidad de defender el medio ambiente de la ambición voraz de intereses foráneos y rapaces.

La lista de desastres en los que la pereza está involucrada podría resultar extensa. Solo por curiosidad, podríamos traer a colación el caso de la homogenización cultural. Por pereza apalancada en la ignorancia, nuestra generación no tiene reparo en adoptar todo tipo de producto cultural sin medir el impacto que pueda tener en la vida personal y en la de una determinada comunidad. El enfoque de la uniformidad cultural, enmarcada en el principio de la globalización, tras minar la identidad de los pueblos y de los individuos busca finalmente la consecución de cuerpos dóciles, obedientes, incapaces de asumir una posición crítica, pero sí prestos a consumir ideas, mercancías y tecnologías sin filtro ni resistencia ante la pretensión de una estandarización cultural agresiva. No se trata de oponerse a la cultura proveniente de otros lugares, lo que se quiere indicar aquí es la manera cómo por pereza, por decidía o por ignorancia se deja entrar cualquier tipo de propuesta cultural sin la debida valoración. A propósito de esta actitud preñada de apatía, negligencia, indolencia y flojera por parte de la juventud del siglo XXI, el papa Francisco (2020) advierte de su peligro en estos términos:

Se advierte la penetración cultural de una especie de “deconstruccionismo”, donde la libertad humana pretende construirlo todo desde cero. Deja en pie únicamente la necesidad de consumir sin límites y la acentuación de muchas formas de individualismo sin contenidos. En esta línea se situaba un consejo que di a los jóvenes: Si una persona les hace una propuesta y les dice que ignoren la historia, que no recojan la experiencia de los mayores, que desprecien todo lo pasado y que sólo miren el futuro que ella les ofrece, ¿no es una forma fácil de atraparlos con su propuesta para que solamente hagan lo que ella les dice? Esa persona los necesita vacíos, desarraigados, desconfiados de todo, para que sólo confíen en sus promesas y se sometan a sus planes. (n.º 13)

En este texto, el papa Francisco llama la atención sobre la tendencia a ignorar la historia y la experiencia de las personas mayores, todo con la idea de dar paso a una libertad ilusoria pertrechada en el consumismo y el individualismo vacíos. Es una llamada de alerta, especialmente, a la juventud habitante del siglo XXI, a no dejarse atrapar en ideologías que solo buscan el mercado y la ganancia a costa de lo más sagrado e invulnerable de las personas: su dignidad, su libertad, su libre determinación, su libre expresión de la personalidad.

Cabe indicar que “una ecología del desastre” no se relaciona de manera lineal o causal con algún sistema económico o político. Tanto si se tiene una sociedad capitalista como si se tiene otras versiones del Estado moderno, la industrialización acelerada es el denominador común de todas ellas. Sin embargo, el capitalismo privilegia ciertos sesgos como el egoísmo, la codicia y demás vicios antes mencionados.

El “impulso emprendedor”, el “afán de lucro”, la ambición de ganar dinero, la mayor cantidad posible de dinero, todo ello, en sí mismo, no tiene nada que ver con el capitalismo. Este afán existió y existe en camareros, médicos, cocheros, artistas, prostitutas, funcionarios corruptos, soldados, asaltantes, caballeros cruzados, tahúres, mendigos — podría decirse que en *all sorts and conditions of men* (en toda clase y condiciones de hombres) en todas las épocas de todos los países de la tierra en dónde haya existido la posibilidad objetiva de lucrar. (Weber, 2009, p. 22)

Este párrafo subraya el hecho de que la codicia y la ambición son más premiadas en algunos sistemas económicos que en otros. Weber (2009) dirá que “una acción económica ‘capitalista’ será para nosotros por de pronto aquella que se apoya sobre la expectativa de ganancia por medio del aprovechamiento de posibilidades de intercambio; es decir: sobre posibilidades lucrativas (formalmente) pacíficas” (p. 23).

En síntesis, la ecología del desastre es la respuesta que se da a los estragos causados por el crecimiento industrial acelerado, la acumulación de riquezas por parte del uno por ciento de la población mundial, el crecimiento de la brecha entre las clases sociales y la inundación del planeta con toda clase de residuos tóxicos de difícil eliminación, entre otros. Esta ecología del desastre reacciona mediante respuestas técnicas que solo están en manos de las grandes potencias mundiales, las multinacionales o de las plutocracias internacionales, dejando por fuera tanto a las víctimas de estos desastres como a sus causas profundas y, sobre todo, ignorando el potencial de la ética, la espiritualidad y las religiones ancestrales para afrontar estos desafíos.

El espíritu de una ecología integral

Si una ecología del desastre está sustentada en la defensa a ultranza de un estilo de vida basado en el consumismo, el hedonismo y el materialismo; una ecología integral está sustentada en unas raíces éticas, espirituales y sapienciales. Este elemento marca una diferencia fundamental respecto de la actitud que las personas adoptan ante la ideología del progreso de nuestro tiempo basada en el credo del rendimiento, la eficacia, la idea de dominar, consumir sin límite y explotar la naturaleza y a otros seres humanos que son

reducidos a un recurso productivo. Un camino que da la espalda a la ética y se concentra en el consumo, el dominio y la posesión.

Como Eckhart ya había señalado, el camino de desapego de la posesión pasa por reconocer la propia condición de alienación frente a las ideologías que dominan la vida social y la asunción de un camino espiritual, “camino (*theosis*) que conduce a la unión con Dios, pero ésta solo se alcanza a través del desasimiento de las cosas y del ego” (Torres, González y Mafla, 2019, p. 155).

Este modo de proceder del espíritu, en los términos que se ha planteado aquí, es el que lleva a mujeres como Greta Thunberg y Jane Goodall y miles de activistas de la ecología y los derechos humanos a exsudar compromiso por la naturaleza, la tierra y sus habitantes. Es el espíritu de Dios mismo dando gritos en la propia interioridad de estas personas el que clama por una ecología integral, que no es otra cosa que una comprensión holística y multidimensional de la vida en todas sus manifestaciones, una comprensión de que todo está interconectado, de que nuestro planeta es un organismo vivo tridimensional: un sistema unitario y diverso en el que confluye lo cósmico, ser humano y divinidad. En términos de Panikkar (1999), es lo que él llama una intuición teoantropocósmica de la realidad en la que lo divino, lo humano y lo cósmico se constituyen en tres dimensiones irreductibles de lo real.

Dicho esto, cabe preguntarse ¿cuáles son los principios básicos sobre los cuales está sustentada la idea de una ecología integral capaz de llevar a las mujeres y a los hombres del siglo XXI a la gestión de un planeta sostenible? Podrían ser varios, sin embargo, aquí nos vamos a referir a dos: todo está interconectado y la fraternidad sustentada en el hecho de ser hijos. Los cuales, a nuestro juicio, constituyen la base de una ecología integral. La interconexión subraya la idea de que toda acción en el planeta tiene repercusiones importantes en todo el sistema de vida del que participamos como humanos. El ser hijos nos pone automáticamente en la perspectiva de hermanos de todos.

Todo está interconectado

Lo primero que demos decir de este principio es que no se trata de un concepto procedente ni de la ciencia ni de la especulación humana; corresponde a la manera cómo funciona la vida en este planeta:

A principios del siglo XX, la teoría de relatividad de Einstein, y sobre todo las diferentes interpretaciones de la física cuántica, traen un cambio de paradigma del mundo mecanicista de Descartes y Newton hacia la visión ecológica y holística. Es decir, que el Universo deja de ser visto como una máquina compuesta de partes, y se introduce una visión de integración. (Herrero, 2006, p. 10)

La creación de algoritmos, por ejemplo, es creación humana, por alucinante que resulte una invención como la inteligencia artificial, es un producto de la inventiva humana; *la interconectividad de la realidad*, por el contrario, es una forma específica de funcionamiento de la vida a nivel celular y a nivel de organismos. De manera que es fundamental comprender la realidad (universo, vida) ya no “como una máquina compuesta de diferentes partes, sino

como un todo indivisible, dinámico y cuyas partes están esencialmente interconectadas y pueden ser entendidas solo entre varios procesos de observación y medida” (Herrero, 2006, p. 11).

Este hecho pareciera evidente en sí mismo, pero suele olvidarse con facilidad. Mencionarlo podría contribuir con la forma cómo nos relacionamos con el entorno, con nosotros mismos y con lo trascendente manifiesto para la conciencia como Misterio. Nos ayudará a ser más conscientes del impacto de nuestras acciones en la vida de los otros (incluidos humanos y demás formas de vida). Nuestras acciones, decisiones y creencias, valores y costumbres no son eventos aislados en la trama de la realidad. Nos ayudará a crecer en respeto y responsabilidad hacia el otro desde una visión no fragmentada de la vida.

La fraternidad sustentada en el hecho de ser hijos

En lo fundamental los humanos y demás seres del planeta no pueden sustraerse de la condición de ser hijos. Desde una perspectiva creyente, todos somos hijos de un mismo Padre, desde una perspectiva atea, de igual manera, todos somos hijos de la materia o del universo. Aquí radica un hecho fundamental: sin importar el credo, en la práctica somos hermanos en tanto todos participamos de la condición de ser hijos. En el ámbito de la fe Francisco (2020) ha enfatizado que

las distintas religiones, a partir de la valoración de cada persona humana como criatura llamada a ser hijo o hija de Dios, ofrecen un aporte valioso para la construcción de la fraternidad y para la defensa de la justicia en la sociedad. El diálogo entre personas de distintas religiones no se hace meramente por diplomacia, amabilidad o tolerancia. Como enseñaron los Obispos de India, “el objetivo del diálogo es establecer amistad, paz, armonía y compartir valores y experiencias morales y espirituales en un espíritu de verdad y amor”. (n.º, 271)

De modo que para el creyente no se trata de un principio abstracto, se trata de sentirse conectado al todo desde una experiencia profundamente espiritual en la que se apuntala la fraternidad humana. Todos estamos conectados en tanto venimos de un mismo Padre. Este sentimiento profundo conlleva el compromiso de vivir en armonía y solidaridad con los otros. Educar en este principio podría ayudar a poner freno a todo egoísmo y codicia.

Desde un ámbito ateo, la condición de ser hijos de la materia o del universo conlleva un sentimiento profundo de estar interconectados, un reconocimiento de la naturaleza intrínseca del hecho de ser hermanos. Es el fundamento para una valoración del otro no en términos de su origen divino, sino por su humanidad compartida y su lugar en el entramado de la vida. De acuerdo con Altschuler (2006), somos hijos de las estrellas:

Cuando uno hace un estudio del entorno del sistema solar, y de otras estrellas, e intenta ver la abundancia relativa de los diferentes elementos, descubre que no todos los elementos de esta tabla periódica tienen la misma abundancia. En una escala logarítmica como ésta, vemos que hay muchísimo más hidrógeno que todos los demás elementos juntos y que carbono, nitrógeno y oxígeno son los que le siguen en abundancia cósmica típica en el universo. El hierro es muy común, y también vemos que hay como una dicotomía, ya que

después del hierro y el níquel hay una gran cantidad de elementos que están muy por debajo de los anteriores, en factores de millones, de promedio en el universo. Cuando alguien ve algo así, se pregunta por qué estos elementos son comunes y esos otros no; pues esto tiene que ver con la historia que les quiero contar.

Por de pronto, ya vemos que ahí hay ya una cierta conexión, porque es curioso que nosotros, que vivimos en un planeta mayormente hecho de silicio, hierro, aluminio y magnesio, en realidad no estamos hechos de esos elementos, sino que nosotros, la vida, los organismos, estamos hechos de los elementos más abundantes en el universo. Esto nos conecta con las estrellas, de las cuales ustedes saben que hay miles de millones, en configuraciones que se llaman galaxias. (p. 502)

Se trata de compartir una hermandad material fundamental con todos los seres del cosmos, todos quienes compartimos este planeta estamos hechos de los mismos elementos, esta interrelación nos une en una hermandad cómica. Cada célula, cada organismo, cada piedra es parte de un todo mayor. Según Altschuler (2006), es triste que los humanos hayamos relegado este principio básico de hermandad:

[...] da mucha pena que nosotros no nos demos cuenta de que somos todos parte de un mismo entorno, de una misma ecología; de una misma familia de la cual éste es mi primo, el mío, que usa herramientas para comer termitas, que tiene un genoma que sólo se diferencia del mío en un 2 ó 3%; quiero decir que un pequeño cambio genético produce un cambio en el fenotipo extraordinario. Lo triste es que se están extinguiendo, y lo hacen gracias a nosotros. (pp. 511-512)

¿Por qué perdimos las proporciones de esta hermandad fundamental y nos lanzamos al vacío de la individualidad y la competencia de unos contra otros? Perdimos las proporciones de nuestra hermandad fundamental en la búsqueda de un poder ilusorio pertrechado en nuestra ignorancia, codicia y egoísmo.

El buen vivir como propósito esencial

Francisco (2020) ha recuperado de la sabiduría de los pueblos ancestrales americanos el ideal del buen vivir que tiene diversas expresiones en cada una de las lenguas de las naciones indígenas:

El “buen vivir” no es la *dolce vita*, no, es el *dolce far niente*, no. El buen vivir es vivir en armonía con la creación. Y nosotros hemos perdido esta sabiduría del buen vivir. Los pueblos originarios nos brindan esta puerta abierta. Y algunos ancianos de los pueblos originarios del oeste de Canadá se quejan de que sus nietos van a la ciudad, adoptan costumbres modernas y olvidan sus raíces. Y este olvido de las raíces es un drama no sólo de los aborígenes, sino de la cultura contemporánea.

Se trata de vivir en *harmonía* con el entorno natural, de establecer relaciones con todos los ecosistemas terrestres que se afectan con nuestros estilos de vida consumistas y que, a su vez, afectan la manera cómo reacciona el entorno a la presencia humana. La raíz del buen vivir se encuentra en la ética, la espiritualidad y la comunión de vida con el planeta tierra visto como

creación divina y que se resume en la expresión “integridad de la creación”, como equivalente a “cuidado de la casa común” y, por supuesto, de “ecología integral” (Torres-Muñoz, 2022).

Junto con la necesidad de reconocer la interconexión, la comunión de vida (*konomia*) y la fraternidad social o solidaridad universal con el género humano y la biósfera, el buen vivir se presenta como un cauce sapiencial y espiritual para traducir esta dimensión y este propósito en estilos de vida acordes con el evangelio y con el respeto por la integridad de la creación, esto es, el espíritu de una ecología integral

A manera de conclusión

Si hay algo de verdad en lo que se ha dicho aquí en torno a la configuración de una ecología del desastre, es la necesidad de recuperar las raíces espirituales, éticas y prácticas de unos estilos de vida que redescubren su religación a la dinámica de la vida en todo el planeta y en el equilibrio de la vida social, lo cual, en última instancia, es fruto de la acción humana. Al mismo tiempo, se descubre que el actual estilo de vida por la cultura de masas de la cultura occidental motivado por el consumismo, el hedonismo y el materialismo amenaza no solo la vida humana, sino que pone en riesgo el conjunto de ecosistemas que hacen posible la vida en el planeta.

Obviamente, no es racional seguir haciendo lo mismo y pretender con ello que no ocurran los desastres previsibles o que ocurra una salvación repentina. Hasta ahora, lo que hemos hecho es denunciar el hecho en todos los tonos: científico, filosófico, religioso, político. Se hacen marchas, se escriben libros, se hacen informes científicos. Sin embargo, los cambios significativos en la manera de proceder en empresas y personas toman tiempo y requieren la modificación de hábitos muy arraigados. Seguimos contaminando inmisericordemente el aire, el agua, el suelo. Se siguen talando los bosques, se siguen llenando de plástico los mares. Se sigue excluyendo a personas y comunidades humanas enteras; cada vez se disemina más la basurización de la vida.

Aquí es donde entra la espiritualidad de la ecología integral como una estrategia a mediano y largo plazo que apela a los valores culturales y religiosos de las culturas. El uso racional de los hidrocarburos, la reducción del consumo de plásticos y la inversión en tecnologías energéticas alternativas ciertamente pueden paliar la crisis a grandes escalas con impactos mínimos. Sin embargo, se requiere una mentalidad y una espiritualidad que reconozca el valor de la protección de los entornos naturales, la preservación de las especies, la promoción de estilos de vida saludables en armonía con la naturaleza, la defensa de las comunidades ancestrales que tiene una cultura y una economía en equilibrio con su entorno natural. Esta ecología no riñe con un conocimiento más profundo de la naturaleza y con una ciencia capaz de mitigar el impacto de otras tecnologías que han devastado la atmósfera, el subsuelo o agotado los recursos hídricos. Sin embargo, es una espiritualidad que está atenta a aquellas reivindicaciones que superan lo meramente económico, lucrativo o rentable en detrimento del resto de dimensiones humanas.

Esta ha sido la táctica. Aquí proponemos cambiar y adoptar una estrategia sencilla y, quizá más profunda. La estrategia, tal vez podría estar en voltear a mirar a las instituciones, pero no en el sentido de tener instituciones o crear instituciones nuevas sin más, sino hacerlas para hacerlas funcionar, transformarlas hacia modelos de gobernanza que garanticen de manera eficaz el bienestar común y el cuidado de la casa común por encima de los intereses económicos y políticos tradicionales. El egoísmo, la codicia y la ignorancia son impulsos humanos muy poderosos y difícil de controlar por la vía de la buena voluntad de las personas y el simple llamado a la reflexión, como lo hace papa Francisco a través de *Laudato si* y *Fratelli Tutti*. Es preciso movilizarnos hacia una revisión profunda de nuestras instituciones, nuestras políticas públicas, exigir como ciudadanos la implementación real de mecanismos capaces de frenar la codicia, el egoísmo y la ignorancia venga de donde venga.

Referencias

- Altschuler, D. (2006). Hijos de las estrellas: nuestro origen, evolución y futuro. *Sociedad Económica de Amigos del País* (pp. 499-512). Ediciones Akal.
https://www.uv.es/rseapv/Anales/06/A_Hijos_de_las_estrellas.pdf
- Baena, G. (2024). ¿Qué es espiritualidad? [YouTube].
<https://www.youtube.com/watch?v=g8mdFFZaBdk&t=307s>
- Borges, J. L. (2004). “El golem”. *Poemas del alma*. <https://www.poemas-del-alma.com/jorge-luis-borges-el-golem.htm>
- Bravo, E. (Coord.). (2018). *Ecología política de los desastres. El terremoto del 2016 en Ecuador*. Abya-Yala.
- Casaldáliga, P. y Vigil, J. M. (1993). *La espiritualidad de la liberación*. Talleres Claret.
- Da Cruz, J., Rozé, J. P., Francia, F. y Cob, G. (2003). *Ecología social de los desastres*. Claes.
- De Aquino, T. (1979). *Suma teológica*. Biblioteca de Autores Cristianos.
- De Fiores, S. y Goffi, T. (1983). *Nuevo diccionario de espiritualidad*. Ediciones Paulinas.
- Deutsche Welle. (2024). Tóxicos: cómo las ‘sustancias químicas permanentes’ están dañando nuestra salud. [YouTube]. <https://www.youtube.com/watch?v=fGE1ROVSEQo>
- Dinzelbacher, P. (Ed.) (2000). *Diccionario de la mística*. Monte Carmelo.
- Fromm, E. (1978). *¿Tener o ser?* Fondo de Cultura Económica.
- Gates, B. (2021). *How to Avoid a Climate Disaster. The solutions We Have and the Breakthroughs We Need*. Alfred A. Knopf.
- Gates, B. (2022). *Como evitar la próxima pandemia*. Plaza & Janés.
- Herrero Uribe, L. (2006). ¿Qué es la vida? La ciencia se atreve a definirla. *Diálogos Revista Electrónica de Historia*, 7(1), 1-35.
- ONU. (2023). *Cerrar el grifo: cómo el mundo puede poner fin a la contaminación por plásticos y crear una economía circular*.
https://wedocs.unep.org/bitstream/handle/20.500.11822/42277/Plastic_pollution.pdf?sequence=3
- Nandisena, B. (2012) *Dhammapada. Enseñanzas del Buddha*. Asociación Hispana de Buddhismo.

- Panikkar, R. (1999). *La intuición cosmoteándrica. Las tres dimensiones de la realidad*. Editorial Trotta.
- Papa Francisco. (2015). *Carta encíclica laudato si' sobre el cuidado de la casa común*.
https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html
- Papa Francisco (3 de septiembre de 2020). *Audiencia a un grupo de expertos que colaboran con la Conferencia de Obispos de Francia sobre el tema de Laudato si'*.
<https://press.vatican.va/content/salastampa/es/bollettino/pubblico/2020/09/03/confe.html>
- Papa Francisco. (2020). *Fratelli Tutti*. Carta encíclica sobre la fraternidad y la amistad social.
https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20201003_enciclica-fratelli-tutti.html
- Rahner, K. (2012). *Curso fundamental sobre la fe. Introducción al concepto de cristianismo*. Editorial Herder.
- Torres-Muñoz, J. S., González Bernal, E. y Mafla, N. R. (2019). Eckhart: la condición humana y su camino de transformación hacia una existencia en Dios. *Veritas*, 43, 155-179.
<https://dx.doi.org/10.4067/S0718-92732019000200155>
- Torres-Muñoz, J. S. (2022). El buen vivir: una propuesta de esperanza para la vida religiosa. *Vinculum*, 279, 33-43.
- Weber, M. (2009). *La ética protestante y espíritu del capitalismo*. Traducción de Denes Martos. Editorial Virtual. Cátedra César Peón. <https://catedracesarpeon.wordpress.com/wp-content/uploads/2009/08/weber-m-1905-la-etica-protestante-y-el-espitu-del-capitalismo.pdf>
- Zubiri, X. (2005). El problema teológico del hombre. *Theologica Xaveriana*, 155, 507-518.